

Escogidos por el Señor para ser catequistas

**Catequesis a los catequistas de habla española
con motivo de la peregrinación de catequistas a
Roma en el *Año de la fe***

✠ *Mons. Lluís Martínez Sistach*
Cardenal arzobispo de Barcelona

1. Mis primeras palabras al encontrarme con todos vosotros, hombres y mujeres catequistas, son para agradeceros vuestro trabajo eclesial

Gracias por este ministerio eclesial que ejercéis. Gracias por vuestro amor a Jesucristo y a la Iglesia y a los que ayudáis a catequizar. Gracias por vuestra generosidad, dando vuestro tiempo para esta importantísima tarea eclesial. Gracias por haber venido a Roma, a la sede del obispo de Roma, Francisco, convocados por él en este *Año de la fe*. El obispo de Roma y sucesor de Pedro nos confirma en la fe y los catequistas –que estáis al servicio de enseñar los contenidos de la fe a los catequizandos– deseáis que el papa Francisco mañana, en la celebración de la Eucaristía, os confirme en la fe.

También hemos de agradecer que con motivo del *Año de la fe* se hayan dedicado estos días en Roma para los catequistas de todo el mundo. Es un reconocimiento de la Iglesia a la importancia de vuestro ministerio y un agradecimiento por vuestra labor.

Hay otro motivo para daros gracias, queridos y queridas catequistas. Dada la realidad religiosa de los países de la Europa occidental, experimentáis que hay muchas familias en que los padres celebran el sacramento del matrimonio y que incluso han bautizado a sus hijos de pequeños,

pero no han iniciado en absoluto los hijos en la fe y en la oración. Los padres son los primeros catequistas de sus hijos, pero muchísimos de ellos han claudicado de esta gozosa responsabilidad. Y sois vosotros catequistas quienes les iniciáis en la fe, les enseñáis a rezar y les ofrecéis los contenidos de la fe.

Como afirma el documento *La catequesis de la comunidad*, de la Conferencia Episcopal Española, de 22 de febrero de 1983, el primer anuncio del Evangelio es el corazón de la acción misionera de la Iglesia y pide el anuncio explícito de la buena nueva del Reino de Dios, un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús: su nombre, la doctrina, la vida las promesas y el misterio de Jesús de Nazaret¹.

La catequesis educa la adhesión dada al primer anuncio, como afirma la *Catechesi tradendae*, «gracias a la catequesis, el *kerigma* evangélico –primer anuncio ardoroso que un día transformó al hombre y lo condujo a la decisión de entregarse a Jesucristo por la fe– se profundiza poco a poco, se desarrolla en sus corolarios implícitos, explicado mediante un discurso que se dirige también a la razón, orientado hacia la práctica cristiana, a la Iglesia y al mundo» (CT 25).

El *Directorio General para la Catequesis* refleja la situación actual y la doble tarea que realizáis en la catequesis: «La catequesis supone la adhesión global al Evangelio propuesto por la Iglesia. Pero frecuentemente se dirige a hombres que, a pesar de que pertenecen a la Iglesia, nunca, de hecho, han dado una verdadera adhesión personal al mensaje de la revelación» (DGC 18).

En los planteamientos pastorales de hoy está muy clara la conciencia de un gran reto: recuperar y actuar la «primera evangelización» y el «primer anuncio» del Evangelio. Estáis realizando una doble labor: evangelizáis y catequizáis. En la mayor parte de los que catequizáis, tenéis que ofrecerles el primer anuncio, evangelizarlos y después de anunciarles el *kerigma*, catequizarlos. Sabéis muy bien que hoy los límites entre evangelización y catequesis, en muchísimos casos, son poco precisos por lo que hay que realizar la doble labor. Estáis haciendo un servicio eclesial importantísimo, ya que muchos niños y adolescentes, sin vuestro trabajo no conocerían a Jesús y su Evangelio. Gracias, de corazón por todo ello.

1 Cf. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *La Catequesis de la Comunidad*, EDICE, Madrid 1983, n. 40; Cf. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 22.

2. Dejemos que la Palabra de Jesús nos ayude a entender y a valorar más vuestro ministerio de catequistas

Escuchemos con actitud de fe este fragmento del Evangelio de san Juan (Jn 15, 9-17):

«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud.

Este es mi Mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros».

Hemos escuchado un fragmento evangélico riquísimo de contenido y que va dirigido a todos y a cada uno de nosotros. En este texto, Jesús nos habla directamente y a vosotras y vosotros como catequistas. Este servicio eclesial que prestáis está muy presente en estas palabras llenas de amor que el Señor os dirige. Voy a comentar solamente algunos contenidos del texto evangélico.

1º Como el Padre me ama, así os amo yo

Jesús nos dice que de la misma manera que el Padre le ama, él nos ama a nosotros. ¿Cómo ama el Padre al Hijo? El Padre ama al Hijo desde toda la eternidad y para toda la eternidad porque Dios es eterno. Lo ama infinitamente, porque Dios es infinito. Y lo ama gratuitamente, porque Dios es amor puro.

De esta manera nos ama Jesús a todos y a cada uno de nosotros. Por las palabras de Jesús queda claro que él nos ama de esta misma manera, lo cual nos llena de estupor y satisfacción.

Jesús nos ama eternamente: Desde la eternidad Dios te ha pensado, te ha conocido, te ha amado. A ti y a todos, en tu personalidad intransferible. Te ama en la actualidad y te amará por toda la eternidad. Pensar esto nos engrandece, nos sentimos más importantes, porque es Dios quien nos ama de

esta manera. En el cristianismo no hay lugar a la reencarnación. Es nuestra personalidad intransferible, nuestro yo, el que Dios ama y salva.

Jesús nos ama infinitamente: No lo podemos imaginar. Él nos ama grandiosamente, sin límites, porque Dios es omnipotente e infinito.

Jesús nos ama gratuitamente: Esto sí que lo podemos entender porque no podemos merecer, comprar el amor de Dios. Como los padres, pero muchísimo más que ellos, se trata de un amor gratuito, sin esperar nada a cambio. Se trata del amor de Dios que es purísimo.

2° *Vosotros sois mis amigos*

Jesús añade a su amor, la amistad. Nosotros hemos de amar a todos, pero no podemos ser amigos de todos, no tenemos capacidad para ello. Él nos ha dicho que no os digo siervos, sino amigos. Pero somos criaturas, y, por lo tanto, siervos. Sin embargo él nos hace sus amigos.

Nos sentimos pequeños, indignos de su amistad, pero es él quien nos hace sus amigos. Jesús nos da una razón importante: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15).

Qué importante es esto para los y para las catequistas: Jesús os ha dado a conocer todo lo que ha oído de su Padre para que podáis enseñarlo a los catequizandos. Así, él os hace sus amigos para que vosotros podáis vivir vuestra vida cristiana como amistad con el Señor y podáis también ayudar con la catequesis a que muchas más personas puedan sentirse y vivir como amigos de Jesús. Tendremos que escuchar mucho a Jesús para conocer lo que nos dice sobre lo que ha oído a su Padre.

Somos amados por Jesús y somos sus amigos. Nos parecería que no se puede pedir más. Pues sí, hay mucho más.

3° *No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto.*

Para la y el catequista sentirse llamados es de mucha importancia. Es Jesús, quien nos ha escogido. El ha tenido la iniciativa. ¿Qué has visto en nosotros, Señor? Sentiros siempre elegidos, escogidos también para el ministerio eclesial de catequistas. Es él quien os ha llamado para ello, a través del sacerdote, de muchas maneras.

El Señor se fía de vosotros, confía en vosotros, porque os confía un servicio eclesial, el de catequista, para que deis fruto, para que ayudéis a los miembros de la comunidad cristiana a conocer, celebrar, vivir y anunciar el Evangelio.

Todo lo que nos ha dicho Jesús nos mueve a querer responder a su amor y a su confianza, manifestándole que nosotros también le amamos, no tanto como él nos ama, pero sí con todo nuestro corazón y aceptamos gustosos lo que nos confía poniendo nuestra total confianza en él.

3. Conviene aquí recordar aquel examen que hizo Jesús resucitado a Pedro: ¿Simón, hijo de Jonás, me amas?

Jesús, a orillas del lago de Genesaret, hizo tres veces esta pregunta a Pedro, antes de confiarle el ministerio de ser el primero de los Apóstoles y conferirle el primado en la Iglesia para confirmar en la fe a los miembros de la misma. Ante las respuestas afirmativas de Pedro, Jesús le confía el ministerio de pastorear a sus ovejas y a sus corderos (Cf. *Jn* 21, 15-18).

Jesús también os hace a vosotros y a vosotras –queridos y queridas catequistas– la misma pregunta y ante vuestra respuesta afirmativa os confía este importante ministerio de catequistas.

Ejercéis este servicio eclesial por vuestro amor a Jesús, que queréis que sean muchos los que le conozcan y le amen; y por vuestro amor a los catequizandos, porque les queréis ofrecer el tesoro que tenéis: vuestra fe en Jesús; queréis ofrecerles Jesús y su Evangelio; queréis propiciarles un encuentro personal con Jesús.

4. La vocación del catequista

Ser catequista es una vocación, no es una simple actividad que se hace por un deseo o capricho personal. La vocación significa llamada. La vocación la da Dios y nos llega a través de la Iglesia. Tener vocación equivale a sentirse llamado, llamada por Dios en el seno de la Iglesia.

Hemos escuchado que Jesús nos dice que nos ha escogido para realizar una tarea que dé fruto. El Señor os ha escogido para ser catequistas. Esto es muy serio y muy importante. Uno descubre la necesidad de anunciar a Jesucristo a las personas que no le conocen o le conocen poco, considera la posibilidad de realizarlo y se ofrece o acepta la petición que se le ha hecho para prestar el ministerio de catequista en el seno de la comunidad.

Esta vocación encuentra su fuente en el bautismo que recibisteis, nace de vuestro amor a Jesús y de vuestro amor a los catequizandos y os une íntimamente a la obra salvadora del Señor.

Es vuestro amor a Jesús que os impulsa a catequizar. Él murió y resucitó por la salvación de todos los hombres y mujeres de la humanidad. Así queréis colaborar en la obra del Señor con el fin de que llegue a cuantos más mejor, que sean más y más las personas que le conozcan y le amen.

Asimismo, vuestro amor a los hermanos, a los catequizandos, os impele a ofrecerles lo mejor que tenéis, vuestro tesoro más valioso, que es Jesús y su Evangelio, la fe de la Iglesia; y lo hacéis como catequistas.

Es una vocación que recibís y es una vocación para realizar una tarea muy importante y necesaria. No *hacéis* de catequistas. Principalmente *sois* catequistas, como dijo el papa Francisco en el Congreso de Catequesis que se está celebrando en Roma estos días.

La catequesis forma parte del anuncio a Jesús y de su Evangelio, que junto con la celebración de la fe y el testimonio de la caridad, son las tres dimensiones esenciales, constitucionales de la Iglesia. Si deja de existir una de estas tres dimensiones en una parroquia, esta no es plenamente Iglesia, no es una comunidad eclesial. Fijaros, pues, qué importante es la catequesis para una parroquia y una comunidad cristiana.

Tenéis que conservar siempre la conciencia de la vocación de catequista. Sentiros llamados y llamadas por el Señor para realizar este ministerio eclesial, especialmente ante las dificultades que os podáis encontrar en una sociedad secularizada como es la nuestra. Pensad siempre: no es algo que realizo por mi cuenta, es obra de la Iglesia que el Señor, llamándome, me ha confiado. Eso os dará ánimo y coraje y plena confianza en el Señor, que nunca os dejará y continuará dándoos el Espíritu Santo. Esto os dará la debida autoestima que es necesaria para realizar bien y con satisfacción un servicio eclesial.

5. Ministerio del catequista

La catequesis es un auténtico servicio eclesial que se realiza en la Iglesia, con la Iglesia y para la Iglesia. Este ministerio no es fruto de una iniciativa privada, al margen de la comunidad cristiana, sino que se realiza por parte de un miembro de la comunidad cristiana, parroquial, por encargo de la Iglesia y en nombre de la Iglesia.

En el Sínodo de Obispos dedicado a: «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana», de octubre de 2012, se planteó entre los miembros del Sínodo episcopal si se tenía que institucionalizar como un ministerio la labor del catequista, de la catequista. Yo participé en este Sínodo y os puedo decir que dio pie a intervenciones muy interesantes.

Habían dos opiniones: los representantes de los episcopados de África y América del Sur opinaban que sí, ya que los catequistas se dedican plenamente a esta labor eclesial, más amplia incluso que la catequesis. Mientras que los de Europa opinaban que no, dada la labor importantísima pero a tiempo limitado de los catequistas en nuestro continente. Al margen de su institucionalización y reglamentación, hay que decir que se trata de un ministerio que tiene distintas formas de realización.

Los y las catequistas estáis realizando un trabajo eclesial, sois Iglesia y colaboráis en una tarea esencial de la Iglesia. La catequesis siempre es una de las tareas primordiales de la Iglesia. Está incluida en los últimos encargos que el Señor dio a los apóstoles: «Id y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he dicho» (Mt 28, 19ss). La Iglesia tiene que catequizar y necesita a muchos de sus miembros que con la debida preparación realicen explícitamente este encargo de Jesús.

El y la catequista, en esta línea, participa de la misión evangelizadora que, como sabemos, consiste en anunciar a Jesús y el Evangelio: evangelizar y catequizar. Esta es la misión esencial de la Iglesia, ya que esta existe para evangelizar. El y la catequista recibe una «misión» de la Iglesia, un auténtico encargo.

El y la catequista es puente entre Dios y el catequizando con el fin de acercar Dios a él y él a Dios. Esta tarea consiste fundamentalmente en propiciar un encuentro personal del catequizando con Jesús. Como nos dijo Benedicto XVI, en su encíclica *Dios es amor*, es el encuentro personal con Cristo lo que nos convierte en cristianos. Se trata de ofrecer una ayuda para que se encuentren Dios y el catequizando.

Dios llama y el y la catequista ayuda al catequizando para que dé una respuesta al Señor. En realidad –ya que su misión es la de ser puente– se convierte en un instrumento personal, un servidor y un animador. La catequesis propicia que la llamada divina de amor y de salvación llegue a la persona y que esta la descubra, la entienda, la valore como algo inédito y fascinador.

El trabajo del y de la catequista consiste en desvelar la fe del catequizando y conducirlo hacia Jesús. Nunca conducirlo hacia el catequista, porque solo Cristo es el Mesías. La acción catequética es la obra llevada a término en común por su verdadero autor, Dios, y por el receptor, el catequizando. El catequista ha de ser un instrumento de Dios. Para ello, el y la catequista ha de crear ambiente, motivar, animar, representar, con el fin de que la Palabra de Dios sea viva y actual para los que son catequizados, les interpele, propicie una respuesta y conduzca a la oración.

Jesús es quien os confía este ministerio. Él, que os conoce y os ama desde siempre y para siempre, confía en vosotros, queridos y queridas catequistas. A pesar de vuestras limitaciones. El os confía esta tarea importantísima: catequizar a tantas personas que el Señor ama y desea darse a conocer más y mejor.

Esto pide responder a la confianza que os tiene, preparando bien la catequesis, llevando una vida cristiana ejemplar, formándoos periódicamente para que esta tarea que el Señor os confía, dé frutos abundantes como él espera y con su ayuda será una realidad. Esta confianza pide, además, confiar plenamente en el Señor, recordando aquellas palabras de Jesús: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20) y también las dirigidas al apóstol Pablo: «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad» (2 Cor 12, 9).

6. Espiritualidad del y de la catequista

El ministerio del catequista incide plenamente en la vida humana y cristiana del catequista. Porque no se trata de realizarlo como algo marginal a la propia vida, ni como si se tratara de un trabajo sin involucrar en absoluto la propia vida cristiana. El catequista no hace de catequista sino que es catequista.

Se trata de un ministerio que se recibe de Jesús y de la Iglesia y se ejerce por amor a Dios y a la Iglesia. La catequesis se realiza con las palabras y el testimonio de la propia vida. Ser catequista y realizar este ministerio eclesial pide una espiritualidad que tiene como cuatro características:

1ª Una espiritualidad cristocéntrica:

La vida cristiana del y de la catequista está centrada en Cristo, en el Señor, Dios y hombre, muerto y resucitado, único Salvador. La labor constante del catequista es comunicar con su enseñanza y su ejemplo, la vida y la doctrina de Jesús. Por ello, es necesario que el y la catequista mantenga una relación constante con Cristo, que le conozca más y más, le quiera mucho y le imite siempre.

Es necesario que en la oración y la eucaristía se acerquen a Cristo y como el apóstol Juan en la santa Cena, recostados en el pecho de Jesús, pongan su oído en el corazón del Señor; en él pueden escuchar sus latidos de amor y misericordia hacia toda la humanidad y cuanto el Señor les comunica para manifestar a los catequizandos y hablar al Señor de ellos.

Es muy conveniente que el trato y la relación interpersonal del y de la catequista con el Señor lo sepan comunicar a los catequizandos para que ellos puedan mantener también este trato y esta relación. Esto se consigue en las sesiones de catequesis, en la oración inicial y final; la catequesis conduce a la oración.

De aquí deriva un gran sentido de desprendimiento personal por parte del y de la catequista. Hay que presentar a Jesús, quién es y qué dijo, con toda la objetividad, verdad y fidelidad. No hemos de ofrecer nuestras opiniones personales, sino la fe de la Iglesia. Los que reciben la catequesis tienen derecho a conocer la fe de la Iglesia con objetividad y fidelidad. Esta es una exigencia fundamental para los que ejercéis este delicadísimo servicio de la catequesis.

Todo catequista tiene que aplicarse a sí mismo la misteriosa frase de Jesús: «Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado» (Jn 7, 16). Y la de san Pablo: «Porque yo he recibido una tradición que procede del Señor y que a su vez os he transmitido» (1 Cor 11, 23). Esto supone conocer bien el contenido de la fe cristiana, del Credo y de la moral católica para enseñar lo que cree la Iglesia. Esto pide que Jesús ocupe un lugar central en la vida del y de la catequista, que Cristo sea su norte y que el Evangelio y las enseñanzas de la Iglesia marquen su vida cotidiana. Se trata también de la coherencia entre lo que creemos y enseñamos y nuestra vida, evitando un divorcio entre fe y vida, que es muy nocivo para nosotros mismos, para los catequizandos y según el Concilio Vaticano II, es una de las causas de ateísmo.

2ª Espiritualidad contemplativa y bíblica

La oración es básica para preparar y realizar las catequesis. Es necesario una vida de oración, dedicar cada día unos momentos generosos a la oración, a «estar con quien sabes que te ama» –como diría santa Teresa de Jesús–, para conocerle, amarle e imitarle más y más. Santo Tomás de Aquino –gran teólogo y prolífico escritor– decía que había aprendido más en la oración que en los libros. Os invito a preparar las catequesis en y con la oración, pidiendo luz al Señor y diciéndole: «qué quieres que diga, Señor, a estos catequizandos, que son tuyos».

Fundamentalmente el y la catequista contempla a Cristo en los cuatro evangelios. Es muy conveniente que conozca los salmos y que haga oración con la Palabra de Dios. Es muy necesario para realizar este ministerio de catequista conocer la Biblia, con la lectura creyente, y también ayudándose de cursos de formación para adultos en la parroquia o en algún Instituto Superior de Ciencias Religiosas. Los cristianos estamos inmersos en la

Historia de la Salvación, y esta empezó en el Antiguo Testamento y llegó a su plenitud en el Nuevo Testamento.

Benedicto XVI, en su exhortación apostólica *La Palabra del Señor*, indica que el encuentro de los discípulos de Emaús con Jesús, descrito por el evangelista Lucas (cf. *Lc* 24, 13-35), representa en cierta manera el modelo de una catequesis; en el centro de la misma hay una explicación de las Escrituras que solamente Cristo es capaz de dar, mostrando en él mismo su cumplimiento (cf. VD 74).

En el centro de la catequesis tiene que estar siempre el encuentro con la Biblia, la Palabra de Dios. Recordemos lo que decía san Jerónimo: «Ignorar las Escrituras, de hecho, es ignorar a Cristo» (*Comentario al profeta Isaías*, cf. DV 25). Podríamos decir que las Escrituras son el libro de la catequesis, no un subsidio. La introducción de la Biblia en la catequesis ha sido una de las grandes líneas de renovación catequética postconciliar. El recurso a las grandes narraciones bíblicas inicia la fe, la profundiza y la alimenta.

Como nos dice el *Directorio General para la Catequesis*, la catequesis «ha de estar totalmente impregnada del pensamiento, el espíritu y las actitudes bíblicas y evangélicas, a través de un contacto asiduo con los textos mismos y hay que recordar que la catequesis será más rica y eficaz como más lea los textos con la inteligencia y el corazón de la Iglesia» (DGC 127).

3ª Espiritualidad eclesial

El y la catequista recibe la misión a través de la Iglesia y la realiza como una colaboración en la misión que la Iglesia ha de realizar por encargo del Señor. Esta tarea se recibe de la Iglesia y se ejerce en la Iglesia, con la Iglesia y para la Iglesia. No se puede separar nunca el ministerio de catequista de la Iglesia porque es un ministerio eminentemente eclesial.

Esto significa que el y la catequista ve siempre a la Iglesia como aquello que es: la Esposa de Cristo, Cuerpo de Cristo y Madre nuestra. No podemos nunca separar Cristo de la Iglesia, porque la Iglesia es el cuerpo de Cristo y él es su cabeza. Si lo separamos significa la muerte del cuerpo, de la Iglesia. Hemos de amar mucho a la Iglesia que como Madre nos ha engendrado a la vida de hijos e hijas de Dios y nos conserva íntegro el depósito de la revelación, alimentando nuestra vida nueva con la Palabra de Dios y los sacramentos.

Esto pide mantener e intensificar la comunión eclesial y amar a la Iglesia como nuestra madre en la fe. Testimonio de una cristiana: lloró cuando un amigo suyo criticaba a la Iglesia. Razón que dio: «lloro porque la Iglesia es mi madre».

La fe que enseñamos en la catequesis tiene una dimensión eclesial. La encíclica *Lumen fidei* (“La luz de la fe”) del papa Francisco, pero escrita a cuatro manos porque la tenía muy ultimada el papa emérito Benedicto XVI, habla de «la forma eclesial de la fe», afirmando que «es imposible creer cada uno por su cuenta. La fe no solo es una opción individual que se hace en la intimidad del creyente, no es una relación exclusiva entre el *yo* del fiel y el *Tú* divino, entre un sujeto autónomo y Dios. Por su misma naturaleza, se abre al nosotros, se da siempre dentro de la comunión de la Iglesia» (LF 39).

Nos puede servir la mirada a la comunidad apostólica de Jerusalén. Los cristianos «perseveraban en la enseñanza de los Apóstoles en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (*Hch* 2, 42). Es necesario que el y la catequista sea miembro de una comunidad, se sienta integrado en la misma y sensibilice a la comunidad de que el ministerio que realizan es responsabilidad de toda la comunidad.

El Mensaje del Sínodo de los Obispos de octubre de 2012, dedicado a «la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana», se refiere a la actividad pastoral de los catequistas y les pide que «orienten su presencia y su servicio en la Iglesia en la óptica de la nueva evangelización, cuidando su propia formación humana y cristiana, el conocimiento de la fe y su sensibilidad a los fenómenos culturales actuales» (n. 8).

4° *Espiritualidad litúrgica*

La catequesis ha de llevar a los catequizados a celebrar la fe que tienen y que conocen. La catequesis ha de conducir a la oración, a la relación interpersonal con el Señor de quien se habla en la catequesis. La catequesis ha de ayudar a que se tome conciencia de la necesidad de celebrar la fe, especialmente la Eucaristía, el Misterio Pascual del Señor. No hemos de separar la catequesis de la oración y celebración de la fe, sino todo lo contrario. Por ello, la catequesis se ha de realizar en un clima de oración, de relación con Jesús que está en medio de los reunidos para la catequesis.

El y la catequista ha de ser persona de oración, de trato personal con Cristo y ha de participar en la Eucaristía dominical con la comunidad, consciente de que Jesús, al instituir este sacramento en el Cenáculo, nos dijo que hiciéramos esto en memoria suya. La oración del y de la catequista es momento privilegiado para tratar con el Señor sobre la catequesis que está realizando ya que él es el auténtico catequista. Dado que ejerce un ministerio eclesial, ayudaría mucho unirse a la Iglesia en la oración de la Liturgia de las Horas, oración centrada en los salmos inspirados por Dios.

7. Jesús catequiza con vosotros

La catequesis es una tarea que os supera, porque es presentar a Jesús hombre y Dios y, a pesar de la preparación, siempre hay un desfase. Os supera, también, por las nuevas exigencias pedagógicas de los catequizandos de hoy. Ante estos retos, podríais desanimaros y renunciar a esta vocación de catequistas, dejando este servicio eclesial tan necesario.

Tened plena conciencia de que el Señor catequiza con vosotros y vosotras. El Señor es el catequista principal. Él pondrá en vuestros labios aquellas palabras más pertinentes. Sentíos siempre acompañados por el Señor y también por el sacerdote que dirige la catequesis.

Queridos y queridas catequistas, preparaos lo máximo posible para realizar esta tarea maravillosa. Es muy necesaria la preparación remota y la preparación inmediata, sin olvidar la formación permanente. En esta formación es muy importante la ayuda que ha de prestar siempre el sacerdote, tanto en la preparación de las catequesis como en el acompañamiento de las y de los catequistas. Esta ayuda es imprescindible. A todos nos consta el agradecimiento de los y de las catequistas a los sacerdotes que están a su lado ayudándoles en la preparación, en la formación y en la animación ante dificultades que, sin duda, aparecen en la realización del ministerio de catequista.

Por otra parte, es muy conveniente que los catequizandos puedan constatar que es la comunidad parroquial y cristiana que catequiza, con la presencia del sacerdote y de los otros miembros de la comunidad que realizan juntos la catequesis.

Deseo resaltar la importancia de amar a los catequizandos. El amor crea un clima propicio para la comunicación y aceptación de lo que dice y enseña el y la catequista. Dios es amor y cuando se ama se hace presente Dios. El amor es el mejor lenguaje.

No os desaniméis ante dificultades y pocos éxitos visibles; ante cómo vienen los niños a la catequesis y por la no continuidad después de la primera comunión. «Éxito» no es un término que denomine a Dios; sí que lo son «amor», «esfuerzo», «cruz», etc.

El desánimo también lo experimentaba un diácono en tiempos de san Agustín, comentándole que estaba descontento de sus catequesis a los catecúmenos. San Agustín no se extraña de las dificultades del diácono, porque él mismo las ha experimentado: “«También yo quedo siempre descontento de mis sermones...Me entristezco viendo que mi lengua no sea suficiente para mi corazón. Quisiera comunicar a los oyentes lo mismo



que siento» (*El arte de catequizar a los sencillos*). El secreto para instruir a los sencillos es amarlos con amor maternal. El Señor nos pide sembrar, más que recoger. Estad seguros de que lo que sembráis en la catequesis dará su fruto porque ha quedado mucho en la mente y en el corazón de los que catequizáis.

8. La catequesis os enriquece

Queridos y queridas catequistas, prestáis un servicio muy importante a la Iglesia, pero recibís mucho por este servicio. No sé si recibís más de lo que dais, pero ciertamente recibís mucho. Os facilita un mejor conocimiento de Jesús, nuestro único Salvador. Os ayuda a intensificar vuestra relación personal con Jesús, en la oración, en la celebración de los sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Penitencia, y en el conocimiento de los contenidos de la fe cristiana.

La catequesis que realizáis os hace más partícipes de la misión de la Iglesia y colaboradores de la obra de la salvación de Jesús. Os sentís más miembros de la Iglesia ejerciendo un ministerio eclesial en el seno de la parroquia o comunidad cristiana. Os descubre una manera nueva de amar a los hermanos; de alguna manera participáis de la caridad pastoral propia de los pastores, dándoles el conocimiento del amor que Dios les tiene y de su condición y vocación de hijos e hijas de Dios. Les amáis dándoles algo que no es caduco, que perdurará en ellos eternamente.

9. Conservad siempre la alegría de Jesús

En el texto evangélico que hemos escuchado Jesús nos dice que nos ha hablado de estas cosas para que su alegría esté en nosotros y nuestra alegría llegue a plenitud. Queridos y queridas catequistas, al sentirnos escogidos y llamados para este importante y necesario ministerio, la alegría del Señor está en vosotros sin duda. Mantened esta alegría siempre.

Parroquia de San Gregorio VII, Roma
Sábado, 28 de septiembre de 2013